

Los mas mueren por ella, tanto mayor es el número de los que nuevamente la abrazan. Los halagos y las promesas de riquezas y honores hicieron flaquear á muchos; mas si hubo que lamentar la prevaricacion de algunos apóstatas, tambien hubo un gran gozo por la perseverancia de muchísimos cristianos que despreciaron los honores, los bienes y la paz de este mundo por conservar ilesa su fé. Habiendo llegado á oídos del rey que el pueblo murmuraba de que se encarcelara y se diera tormento á tantas personas por causa de la Religion cristiana, mandó al gran inquisidor, al segundo año de la persecucion, poner en libertad á los cristianos presos, exhortándoles únicamente á que abandonasen la Religion de Europa, y observasen las costumbres y religion del pais. Sin embargo, previno tambien á las autoridades que tuvieran cuidado de que los cristianos no pasasen á la China, de donde habia venido la nueva Religion. Este decreto puso término á la primera persecucion general contra los fieles de Corea; los presos fueron puestos en libertad, y las autoridades cesaron de molestarlos.

Despues de esta persecucion, los fieles mas fervorosos enviaron á Sabbas Chi y Juan Po al obispo de Pekin, para darle cuenta de todo, y pedir misioneros. Habiendo muerto el sacerdote Juan A., que como ya se ha dicho, habia sido enviado por el señor Govea á esta mision, eligió á Juan Belloz, sacerdote chino, primer alumno del seminario episcopal de Pekin, de edad de veinte y cuatro años que á su piedad é instruccion unia un gran conocimiento de las letras y ciencias chinas, siendo además su persona muy parecida á la de los de Corea. Este misionero salió de Pekin en febrero de 1794, autorizado con todos los poderes ordinarios y extraordinarios para ejercer su ministerio apostólico; y despues de veinte dias de marcha, llegó á los confines de ambos reinos; mas como los gobernadores de Corea vigilaban extraordinariamente las fron-

teras, se acordó aplazar la entrada hasta el mes de diciembre. Entretanto Velloz visitó las misiones de Tartaria; y habiendo vuelto á la frontera de Corea cuando llegó el plazo convenido, encontró á Sabbas Chi y á otros cristianos preparados ya para introducirle. Dejó su traje chino para vestir segun el estilo de Corea, y entró en el pais, llegando á la capital despues de doce dias de marcha. Su llegada causó una alegria y consuelo indefinible, y le recibieron y honraron como un ángel bajado del cielo. El misionero se dedicó enteramente al estudio del idioma del pais, á fin de principiar á ejercer lo mas pronto posible su ministerio. El Sábado Santo de 1795 administró el bautismo á varios adultos, suplió las ceremonias de este sacramento á otros, y recibió por escrito algunas confesiones. El dia de Pascua dijo misa y dió la comunión á los que se hallaban dispuestos para recibirla, siendo esta la primera vez que en aquel reino se ofrecia el incruento sacrificio.

El misionero no tuvo que sufrir la menor incomodidad hasta el mes de junio; pero entonces ocurrió que una muger, al acabar de recibir los Sacramentos, dió cuenta á su hermano de la llegada y predicacion del misionero. Aquel hombre, que era uno de los que en la anterior persecucion habian apostatado, fingió un ardiente deseo de hacer penitencia y recibir el bautismo; corrió á la casa del sacerdote y le hizo muchas preguntas acerca de la Religion y sobre su venida al pais. Al salir de esta conferencia se fué en derecha al palacio del rey á informar á los ministros de la llegada de un extranjero, del lugar de su residencia, de los que le habian conducido, etc. Al hacer semejante denuncia, se hallaba presente un gefe militar, apóstata, que abominaba sinceramente su crimen, y no deseaba mas que tener la fortuna de poderse confesar con un sacerdote que le absolviera; pero los cristianos no habian querido avisarle de la llegada del misionero, temiendo que di-

vulgase el secreto. Habiendo sabido, pues, por dicha delacion el lugar en donde el sacerdote vivia, corrió á advertirle del peligro que le amenazaba, aconsejándole que cuanto antes tratase de ponerse á salvo, y ofreciéndose personalmente á conducirlo á casa de una viuda cristiana rica y noble, que lo tuvo con toda seguridad hasta que pasó la tormenta. El misionero se hallaba como ya hemos dicho completamente seguro en esta casa, porque segun las leyes del pais á nadie es lícito entrar en una casa donde no hay hombres. Aquel mismo dia las autoridades enviaron dos partidas de soldados una á casa de Matias Xu, que era donde el misionero habia estado, y la otra á perseguir á los que habian cooperado á la introduccion del extranjero con orden de conducirlos á todos ante el supremo tribunal del crimen. Los soldados presentaron á Matias Xu, á Sabbas Chi y á Pablo Yu, quienes con su silencio, paciencia y perseverancia desconcertaron la mala fé, crueldad y astucias de los jueces. Azotaronles, diéronles bofetones y dislocaron las rodillas; pero en vano: aquellos tres hombres perseveraron intrépidos en la fé, sin dar la menor muestra de debilidad. Habiéndoles preguntado los nombres, calidad y patria del extranjero, nada respondieron á semejantes preguntas. Entonces los jueces, imaginándose que los acusados se burlaban de ellos, y desesperando de arrancarles una sola palabra sobre el particular, soltaron rienda al furor y mandaron que se les aplicase toda clase de tormentos hasta que perdiesen la vida. Asi se hizo: los tres confesores de Jesucristo recibieron la corona del martirio casi en un mismo instante; su rostro sereno daba buen testimonio de la inefable dulzura que el Señor les concedia en medio de los tormentos: sus almas volaron á la eternidad el 28 de junio de 1795. Sabbas Chi tenia veinte y nueve años de edad, Pablo Yu treinta y seis y Matias treinta y uno.

Despues de la muerte de estos tres, instaron al rey para que diese orden de persecucion contra la Religion cristiana. Como este príncipe, naturalmente pacífico, no aborrecia el cristianismo y temia acaso una sedicion popular, no quiso promover por medio de un decreto una persecucion general; pero quitó los empleos á los oficiales civiles y militares cristianos, y á otros los degradó por el mismo motivo. Pedro Ly fué desterrado despues de haber sufrido la exoneracion. En seguida el rey mandó rigorosamente á todos los gobernadores que no dejasen propagar la Religion de Europa y exhortasen al pueblo á que no abandonase la de su pais por una extranjera. El monarca recomendó muy particularmente á los gobernadores de las fronteras y á los embajadores, que en lo sucesivo se enviasen á Pekin, que tuviesen cuidado de que ningun cristiano saliese del reino, ni entrase ningun chino.

Si esta orden no promovió una persecucion general, por lo menos dió pie á los gobernadores de las ciudades para molestar á los cristianos con las mas rigorosas indagaciones. La única diferencia que se echaba de ver entre esta clase de inquisicion y la persecucion abierta, consistia en que los gobernadores no condenaban á muerte á los cristianos, ni les condenaban á sufrir los mas crueles tormentos. Sin embargo, hubo algunos que con pretexto de la vigilancia recomendada por la Real orden, les aplicaron tormentos hasta la muerte. Gran número de neófitos abandonaron sus moradas, y buscaron asilo en las montañas y desiertos para sustraerse á la tirania: otros muchos perecieron de hambre y miseria en las prisiones, y no faltaron muchos que, no hallándose muy robustecidos en la fé, prefirieron los bienes caducos de este mundo á los del cielo, y tergiversaron la Religion en vez de confesarla de un modo claro y terminante. Sin embargo, el misionero, en medio de

peligros tan grandes y repetidos, pudo conservarse salvo é ileso para provecho de muchas almas. Al cabo de dos años pudo enviar á Pekin un cristiano con cartas que daban detalles acerca de la nueva Iglesia. Este piadoso y ferviente cristiano, aunque pertenecía á una distinguida familia, fingió ser un hombre de la clase del pueblo, y pudo llegar á la China como criado del embajador. Había comprado á peso de dinero la humilde condición de ser un verdadero criado. Su llegada á Pekin en 28 de enero de 1797, colmó al señor de Govea de tan viva alegría, cuanto que ya no la esperaba.

Hé ahí, pues, anticipadamente la historia de la Iglesia naciente en el reino de Corea, sobre el cual, Dios infinitamente bueno, puso sus misericordiosos ojos en estos últimos tiempos, iluminando gentes sentadas en las tinieblas, y conduciéndolas por el camino de la paz y de la salvación por medios tanto más maravillosos, cuanto menos eficaces parecían á los ojos de los hombres. Al pensar en la conversión extraordinaria de una parte de esta nación y en los medios por los cuales cerca de cuatro mil almas han llegado al conocimiento de la verdad; al reflexionar en la denodada virtud, en la constancia heroica con que aquellos hombres han abrazado y conservado su Religión en medio de tantos sacudimientos violentos, el espíritu tiene que recordar aquellas palabras del Éxodo: *Aquí está el dedo de Dios.*

La Religión, triunfante en Corea, había obtenido en la persona de uno de sus ministros un buen testimonio de confianza de parte del rey de Cochinchina. Este príncipe, destronado por una insurrección y luego víctima de la falsedad de los Siameses, que á pretexto de restablecerlo en su trono, abusaron de su nombre para saquear á su pueblo, y totalmente incierto de su porvenir, confió en 1784 á Pigneaux, obispo de Adran, lo que de más precioso tenía en el mundo, su hijo mayor,

habido de la reina, heredero presuntivo de la corona, que entonces no tenía más que cinco años de edad. Pigneaux se había granjeado por sus raras cualidades, por la notoriedad de su virtud, y por los señalados servicios que había hecho á la familia del rey legítimo, la amistad y confianza de este príncipe, y el aprecio y veneración de casi todos los que le conocían, tanto infieles como cristianos. El obispo pasó en 1786 á Francia con su régio educando, á fin de implorar la protección de Luis XVI en favor del rey legítimo de Cochinchina. Luis XVI, que no veía las calamidades que de allí á poco iban á caer sobre su cabeza, no contento con dispensar al jóven príncipe un brillante recibimiento, prometió enviar socorros á su padre; pero las órdenes de este monarca, bueno y generoso, no fueron ejecutadas. Sin embargo, el rey de Cochinchina, durante la ausencia de su hijo y del obispo de Adran, había vuelto á entrar en 1785 ó 1786 en posesión de las provincias que se titulan baja Cochinchina, y pudo mantenerse en ellas á favor de la división suscitada entre los gefes de los rebeldes. Después que regresó el obispo, ayudado por los consejos de este y por los distinguidos servicios de varios oficiales franceses que le habían seguido, obtuvo nuevos é inmensos triunfos sobre sus enemigos.

Como el obispo de Adran gozaba de la confianza Real, no podía dejar de tener envidiosos. Diez y nueve grandes del Estado se reunieron para hacer presente al rey, que la prudencia no permitía que se dejase por más tiempo encomendada al prelado la educación del príncipe, pues siendo extranjero y de una religión diferente, era imposible que no le inculcase sus principios. Por lo tanto suplicaban al rey pudiese á su hijo en manos de mandarines letrados, que le diesen una educación semejante á la que habían recibido sus antepasados. El rey, lleno de indignación, tiró al suelo la representación, y recordando los servicios que

el obispo había hecho á él en particular, á su madre, á su esposa, á su hijo y á toda su familia, les dijo: «Es bien extraño, que después de haber dado tan pocas muestras de gratitud á tantos beneficios, os atrevaís aun á inclinarme á la más monstruosa ingratitud.» En seguida amenazó castigar severamente á los autores de aquella intriga, dió parte á la reina de la conducta de sus mandarines, y tomó con ella la resolución de no decirle nada al obispo. Mas viendo que este había dejado pasar algunos días sin ir á visitar al príncipe, comprendió que era regular que estuviese enterado de todo: remitióle la representación de los mandarines, y le anunció que estaba resuelto á castigar á los culpables. El obispo, dándole gracias por su confianza, le manifestó que este remedio no haría más que irritar el mal: que valía mucho más que consintiese en que él, como preceptor de su hijo, pudiese retirarse, que no malquistar contra su Real persona y la de su hijo á todos los magnates del reino. El rey consintió en disimular su indignación; pero exigió del prelado promesa de que continuaría interesándose en la educación del príncipe.

Hacia poco menos de un mes que esto había sucedido, cuando dos generales, del número de los diez y nueve magnates de la representación, fueron condenados á ser decapitados, y el rey confirmó la sentencia. Toda la corte, persuadida de que solo Pigneaux podía obtener su indulto, creía que se abstendría de hacerlo por resentimiento; pero el generoso prelado pidió y alcanzó que se les perdonase la vida y se les volviera á poner al frente de sus tropas.

Con esta protección, concedida por el rey de Cochinchina á los cristianos, contrastan las desgracias que el obispo de Mitelópolis y los misioneros Coudé y Garnault habían sufrido en el reino de Siam.

En este país hay una ley que manda prestar juramento de fidelidad al soberano. El día señalado al efecto van todos los mandarines á una

pagoda llena de ídolos y talapinos ó sea ministros de aquel culto idolátrico. Estos preparan el agua natural con oraciones y ceremonias sacrilegas, y luego sumergen en ella el sable y demás armas del rey. Hecho esto, los mandarines, tomando por testigo al ídolo y demás falsos dioses, beben un poco de aquella agua que en virtud de las supersticiosas ceremonias, que sobre ella han hecho, dicen que tiene la propiedad de matar á los que fuesen traidores á su rey.

Entre los cristianos había muchos mandarines, á quienes el temor de Phaia-Thac, que era de terrible condición cuando se oponían á sus voluntades, había hecho unirse á los demás. Sin haber bebido el agua supersticiosa pasaban por haberla bebido; pero la Religión no admite disimulos, y su ficción bastaba para que fuesen culpables á los ojos de Dios. En setiembre de 1775 tres de estos mandarines determinaron sacrificar su vida, antes que faltar á su deber de cristianos, y no concurren á la ceremonia del agua, siendo por lo tanto acusados ante el tribunal como culpables de no haber querido jurar fidelidad al rey. Ellos se defendieron diciendo que no podían hacerlo al modo de los gentiles, y que habían prestado su juramento sobre el libro de los Evangelios, lo cual era cierto. Habiéndose dado capciosamente parte de este asunto al rey, mandó que si los mandarines cristianos eran traidores, fuesen condenados á muerte. En virtud de esta orden fueron arrojados á una prisión.

El día en que se debía dar cuenta de este asunto al tribunal, envió el presidente á llamar al obispo de Mitelópolis y á los dos misioneros. Condujéronlos ante el rey como criminales, sin guardarles el decoro con que acostumbraban ir á la audiencia en otras ocasiones. Phaia-thac, lleno de cólera, mandó que en el acto se les desnudara y diera de palos. Al momento los verdugos se echaron sobre ellos y les arrancaron violentamente la sotana y la camisa, sin apenas dar tiempo al obispo

de echarles la bendición. Arrojárónse sobre él, y le derribaron en tierra para sacarle fuera de la presencia del rey: en seguida condujeron cada uno á su columna á la orilla del río, en presencia de todo el pueblo y de toda la corte. Allí los sentaron en el suelo con una *canga* de diez ó doce pies de largo al cuello, cuyas dos estremidades estaban atadas á un poste, como igualmente los pies por medio de una sogá; con otra los ataron el cuerpo por la cintura á un segundo poste que estaba detras de ellos: además tenían las manos atadas á la *canga* que tenían al cuello, así que no les era posible hacer ninguna clase de movimiento. Los tres mandarines estaban en la misma posición. El rey mandó que se les diera á cada uno cincuenta palos, lo cual fué ejecutado en el acto. Los misioneros oían gritar á estos desgraciados á su lado, sin saber lo que les sucedería á ellos mismos, pues á ellos no los azotaban, lo que causaba gran sorpresa á todos. Finalmente, desamarraron á los seis, y después de haber encadenado también á los ministros del Señor, los condujeron á la sala del barcalón (así se llama al primer ministro de Siam) poniéndoles además de la *canga* esposas y grillos. Toda la noche se pasó interrogándoles, y sin querer hacer caso de sus contestaciones. Al día siguiente por la mañana volvieron á llevarlos al palacio. El rey repitió las mismas preguntas que el día anterior, y los misioneros le respondieron con la misma firmeza; por lo cual arrebatado de cólera, dijo que les haría perder la vida; desnudáronlos como el día anterior, amarráronlos del mismo modo, y descargaron á cada uno cien palos sobre la espalda. Los tres guardaron silencio, no profirieron ni una sola queja. Finalmente, con el cuerpo todo lacerado y lleno de sangre, fueron llevados á una prision, donde encontraron varios cristianos que les prodigaron auxilios.

Allí permanecieron cerca de un año cargados de cadenas. Muchos mandarines se in-

teresaban por ellos: el rey prometía devolverles la libertad, pero nunca llegaba este caso. Phaia-thac marchó contra los Barmas, dejando á los misioneros en la prision. Su presencia, que en otros tiempos llenaba de aliento al ejército; nada consiguió en aquellos momentos, pues cuando se supo el bárbaro rigor con que habia tratado á los misioneros, hasta los mas poderosos mandarines clamaban que el reino se habia perdido, y los mismos gentiles murmuraban á voces de tamaña crueldad. Por último, el mismo rey hizo decir á los soldados cristianos que habia en el ejército, que no pasasen cuidado por la suerte de sus Padres, porque á su regreso mandaría ponerlos en libertad. Durante todo este tiempo se tenían algunas consideraciones con los presos; pero sin quitarles nunca las cadenas con que estaban amarrados á una columna, ni los demas grillos y ataduras que embarazaban sus miembros.

Finalmente, el día 14 de agosto de 1776 les dieron libertad, para lo cual fueron conducidos con grillos, esposas y cadenas, y en camisa ante unos mandarines. Estos les notificaron que el rey les perdonaba; pero que habian de firmar un escrito confesando su falta, y prometiendo no volver á reincidir. Negáronse á hacerlo los PP. diciendo: «Vuelvanos á llevar á la prision, espúsesenos del reino, condénesenos á muerte: nosotros no variaremos.» Hasta 4.º de setiembre no se decidió darles libertad sin condiciones, y aun entonces se obligó á todos los cristianos á salir fiadores de que los misioneros no saldrian del reino; de manera que, después de haber estado no pocas veces á punto de ser espulsados, se veían ahora, por decirlo así, mas ligados al país que nunca. Después de su libertad el rey les hizo rogar que se presentasen á la audiencia. Manifestóles algun afecto, se colocó en sitio inferior al que ellos ocupaban, les mandó servir té (cosa que no hacia ni con sus mas poderosos mandarines) y les invitó repetidas veces á que lo tomaran. Aquel día

parece que quiso indemnizarlos de todo lo que durante un año habian sufrido.

Sin embargo, en 1779 corrieron nuevos peligros. Hacia tiempo que el rey se ocupaba en escribir un nuevo código de supersticiones siamesas: después de haberlo acabado, quiso inaugurarle haciendo una solemne procesion por el río. La festividad debia durar tres dias, y se mandó que asistieran á ella todas las naciones: siameses, chinos, cochinchinos, laos, moros, cristianos, etc. El rey pasó á un pabellon construido en la margen del río para ver desfilar la procesion, y no habiendo visto en ella á ningun cristiano, se incomodó y lleno de ira dijo que ya no era dueño de disponer de sus vasallos cristianos como rey, pues el obispo y los misioneros se oponian siempre á su voluntad. Sobre esto añadió que mandaría quitarles la vida: pero luego, como reflexionando dijo: «Se la dejarían quitar, y morirían como unos animales.» El gran mandarin de la corte habló en defensa de los PP. diciendo: que tampoco en tiempos pasados habian tomado los cristianos parte en ninguna ceremonia siamesa, y que los reyes los dejaban gozar de absoluta libertad en este particular; que si el príncipe actual se ensañaba con ellos, llegaría á perder su reputacion hasta en Europa, y de este modo seria causa de que no viniesen europeos á Siam. El rey pareció ceder á estas consideraciones, y se contentó con decir en su audiencia del día siguiente: «Quisiera conducir á todo el mundo por el buen camino; pero los cristianos no quieren seguirme. Si se pierden, solo ellos tendrán la culpa.»

No fué de larga duracion la calma que se concedió á los misioneros de Siam. A fines de 1779 el obispo de Mitelópolis, le Bon, y sus misioneros Coudé y Garnault fueron nuevamente citados ante los tribunales, interrogados, abrumados de oprobios y malos tratamientos, encarcelados, y últimamente espelidos del reino. Viéndose absolutamente faltos de todo al salir de Siam, y teniendo que an-

dar errantes por distintos lugares antes de llegar á ninguna mision, tuvieron los tres confesores desterrados que sufrir muchas fatigas y privaciones. El obispo de Mitelópolis, encorvado ya bajo el peso de los años, y debilitado por los trabajos de su ministerio y por las fatigas de sus largos y penosos viajes, sucumbió á tantas miserias y murió en Goa el 27 de octubre de 1780. Sus dos compañeros de destierro se retiraron á Pondichery, y regresaron á su mision de Siam en 1782.

Durante este año las vejaciones del rey, el cual no estaba en su cabal juicio, fueron aun mas crueles y frecuentes que anteriormente: mandaba encarcelar, encadenar, matar á palos, segun se le antojaba, á su propia esposa, á su hijo, heredero presuntivo de la corona, y á sus mas altos funcionarios. A unos querian obligarles á confesar crímenes de que se hallaban inocentes, á fin de condenarles en seguida al pago de una multa superior á sus facultades: á otros queria forzar á que acusaran injustamente á estos ó aquellos ricos, para imponerles tambien enormes contribuciones. De este modo tuvieron que sufrir cruelmente dos mandarines cristianos, de los cuales el uno murió á palos. Semejante proceder hacia abominable al rey á los ojos del pueblo y de sus propios oficiales. Habiendo algunos de estos recibido orden de cometer nuevas vejaciones, dijeron entre sí: «¿Qué haremos? »Si no ejecutamos las órdenes del rey, nos »hará morir; si las ejecutamos, el pueblo nos »aborrecerá tanto como el rey y tampoco nos »libraremos de su furor.» De esta reflexion dedujeron que el mejor partido que podían tomar era amotinar al pueblo. Encamináronse á palacio á media noche y lo asediaron; pero los treinta y seis cristianos que estaban de guardia se portaron con tal valor, que no les fué posible á los rebeldes entrar hasta que fué de día, y se contentaron con tener bloqueado el palacio. Al otro día el rey, conociendo que era imposible seguir resistiendo mas tiempo,